DESESPERACIÓN DE COLÓN AL VERSE OBJETO DE LAS BURLAS DE LOS SABIOS



Este hermoso cuadro, que representa una de las épocas más tristes en la vida de Colón, se conserva en el palacio Orsini, de Génova, la ciudad natal del gran navegante.

UN HOMBRE DE ACERADA VOLUNTAD Y ÁNIMO INTRÉPIDO

VAMOS a relatar la historia de un sabio mendicante, que fué escarnecido en las calles en unión de su pequeño hijo; que en vano solicitó la protección de un rey, pero que decidió a una reina a vender sus joyas, para ayudarle; que sacó de los presidios criminales e hizo de ellos marineros; que zarpó con tres embarcaciones pequeñas en busca de un Nuevo Mundo; que después de haberlo hallado, regresó a su país cargado de cadenas; y que murió en la miseria, dejando en pos de sí un nombre inmortal.

CRISTÓBAL COLÓN

HASTA los niños conocen el nombre de Cristóbal Colón; y raras son las personas que en alguna ocasión de su vida no han leído la historia del descubrimiento de América, llevado a cabo por este insigne navegante. Pero no todo el mundo se hace cargo del espanto y terror que infundió al principio la aventura, del esfuerzo sobrehumano que entrañó y de la heroicidad de la hazaña acometida y llevada a feliz término por aquel escaso puñado de varones esforzados—proeza muy superior a todas las cantadas por los antiguos vates en sus poemas heroicos. La hazaña de Colón fué por todos conceptos superior a la de Jasón al frente de sus argonautas; porque Jasón partió a conquistar el Vellocino de Oro, según la tradición griega; pero Colón se dió a la vela en busca de un mundo de riquezas y maravillas... y lo encontró.

No puede precisarse con toda seguridad la fecha del nacimiento de Colón, por ser muy deficientes los datos que de aquella época se conservan; pero como un docto historiador americano ha escrito toda una obra para demostrar que el sabio navegante nació el año de 1451, adoptaremos esta fecha por ser la generalmente aceptada tras muchas discusiones. Nació, pues, Colón, cuatro años antes de que se imprimiese el primer libro, en la sonriente Génova, que si hoy día es una simple ciudad, constituía a la sazón por sí sola un estado, como otros muchos centros italianos. Fué su padre un pobre cardador de lana; y, como el hijo de Cristóbal hubo de escribir más tarde, una noble prosapia no le hubiera dado más lustre que la honradez sin tacha de su progenitor. Éste dió a su hijo la mejor educación posible, y se cree generalmente que le envió a Pavía, donde existía a la sazón una universidad (que aun se conserva) para estudiantes pobres.

Los días de su juventud se deslizaron entre aventuras románticas. Sirvió en los que consideraríamos hoy como buques piratas, y luchó contra éstos últimos. Ayudó a saquear y apresar los galeones venecianos; peleó denodadamente contra los feroces corsarios de Berbería, de los que ya damos noticia al relatar la vida de Cervantes. En uno de aquellos combates, incendióse su propio barco; y Colón, para escapar de la muerte, tuvo que arrojarse al agua y recorrer a nado muy cerca de seis millas, sostenido por un remo, antes de llegar a tierra.

Durante el curso de sus viajes hubo de visitar a Inglaterra, y, corriéndose más hacia el Norte, llegó a Islandia, probablemente en 1477. Y ahora se nos ocurre preguntar: ¿tuvo Colón alguna noticia de América durante su permanencia en Islandia? O, por mejor decir, ¿oyó hablar del continente que con tal nombre designamos hoy día? Porque América había sido descubierta por los vikings, antiguos piratas escandinavos, cuatro siglos y medio antes que naciera Colón. Un intrépido marino escandinavo, llamado Bjarne Herjulfson, fué empujado por una tempestad hasta dar vista a sus costas, el año 986, y refirió la aventura, a su regreso a Islandia, donde no se olvidó la noticia. El año 1000, Leif el Afortunado, hijo de Erico el Rojo, dióse a la vela en un viaje de exploración, y llegó a América. A una región dióle el nombre de Hellulandia o País de la Piedra, que es el moderno

Labrador; a otra la denominó Marklandia o País de las Selvas, la actual Terranova, a otra tercera llamóla Vinlandia o País de las Viñas, por haber hallado en ella vides silvestres, y es la Nueva Escocia de nuestro tiempo.

Un año o dos después, otro navegante víking, Thorfinn Karlsefne, cuñado de Leif, partió con 160 hombres — doble número de los que llevó Colón en su viaje inmortal —y habitó por espacio de tres años en Vinlandia. Aun se conserva en Islandia el recuerdo de estas remotas expediciones, y se cree posible que Colón oyese referir, durante su estancia en esta isla, la historia de las tierras maravillosas a las cuales se llegaba navegando hacia Occidente. Pero no consta que así fuera. No se sabe que supiese hablar el lenguaje escandinavo, aunque es posible que alguno de los tripulantes de su buque lo conociese. Este buque, digámoslo de paso, era inglés; y había salido de Brístol, que a la sazón sostenía un comercio regular con Islandia, cuando no se soñaba siquiera que al otro lado del mar existiese un continente.

Colón y su esposa, que no alcanzó a ver la gloria de su marido.

Al presente nos parece imposible que alguien pueda dudar de la existencia de tierras al otro lado del Atlántico; pero lo cierto es que nadie en Europa sospechaba a la sazón semejante cosa. Todo el mundo creía que las Islas Británicas constituían el límite occidental de las tierras. Suponíase que el mundo era plano y pequeño; que se prolongaba hacia Oriente, formando los territorios asiáticos, y terminaba allí. Conocíanse sólo de una manera incompleta las partes principales del Antiguo Mundo: Europa, Asia y África; pero no había noticia alguna de América ni de Australia. Con respecto a África, se suponía que, a partir de la línea ecuatorial, la temperatura iba creciendo gradualmente; que cuando el hombre de raza blanca rebasaba esa línea, tornábase negro, y que al paso que se avanzaba hacia el Sur, el calor se hacía intolerable, estando las regiones australes habitadas por espíritus malignos. Más de medio siglo costó a los marinos portugueses el abrirse camino hacia el Sur, a lo largo de las costas occidentales de África, y cuando, casualmente, llegó Bartolomé Díaz al Cabo de Buena Esperanza, tuvo que decidirse a afrontar los terrores de todos los sabios de la época, que juraban que los arrecifes del

Cabo Bojador habían sido colocados al Sur de Marruecos para impedir que los hombres avanzasen hacia las regiones australes. Desafió también la amenaza de ser aniquilado por las líquidas llamas en que se aseguraba que se convertían los rayos del sol más allá de dicho punto. Pero Díaz fué y volvió, y Colón se encontraba entre la muchedumbre que presenció su regreso triunfal a Lisboa.

Por entonces habíase establecido Colón en la capital portuguesa, donde contrajo matrimonio con una bella joven, hija del primer gobernador de Porto Santo, una de las islas Madera, a la cual había arrojado un temporal, desde las costas de África, a un marino portugués, en 1418. La idea de averiguar qué había detrás de aquel mar inmenso no se apartaba un instante de la mente de Colón. Su razón le decía que tras aquel abismo cubierto de agua debían existir otras tierras. Sus estudios habíanle conducido también a idéntico resultado. Había oído hablar además a los hombres de mar de objetos extraños hallados a grandes distancias de la costa. Algunos habían recogido trozos de madera en los que aparecían grabados signos raros; voluminosos bambúes como no se conocían en Europa; cadáveres de hombres extraños, de caras anchas, que no tenían semejanza con ninguna de las razas conocidas hasta entonces. Estos hallazgos tenían necesariamente que proceder de países occidentales. Estudió los mapas que había recibido de su suegro, y cuantos escritos logró reunir, y sirviéronle de mucho en sus estudios, según se cree, las obras del célebre Roger Bacón. Y cuanto más estudiaba y meditaba sus conocimientos y noticias, tanto más se afirmaba en sus teorías. La idea fija de descubrir estas nuevas tierras era para él una obsesión. Vivía dedicado al estudio y a la construcción de mapas y planos, y por espacio de algún tiempo hubo de ganarse el sustento vendiéndolos. Por fin, decidióse a buscar protección para adquirir un barco y llevar sus teorías a la práctica. Tuvo que esperar, sin embargo, pues España y Portugal se hallaban por entonces en guerra, y se estaba asestando al mismo tiempo el último y definitivo golpe al poder de los sarracenos en Europa. Pero, al cabo, logró ser oído por el rey Don Juan II de Portugal, a quien explicó sus proyectos. Descansaban éstos en suposiciones y noticias, que, siendo ciertas en lo fundamental, pecaban de incompletas e inexactas en los pormenores; y así se dió el caso de que Colón descubriera el Nuevo Mundo creyendo haber arribado a otro país.

Suponía que la tierra era redonda, teoría que muy pocos sustentaban por entonces; pero creyó que las dimensiones de nuestro globo eran mucho menores de las que en realidad tiene. Y en esta errónea creencia, argüía: «La tierra se extiende a enorme distancia hacia Oriente. Los europeos conocemos únicamente su parte occidental; pero debe tener, sin duda, una costa oriental. Por consiguiente, si tan grande es la extensión, hacia Oriente, del continente asiático, y la tierra tan pequeña y redonda, la costa oriental de Asia no debe hallarse muy distante de Europa. Y por lo tanto, navegando hacia el Oeste, a través del Océano Atlántico, llegaré, necesariamente, a dicha costa».

Colón se equivocó notablemente al calcular la verdadera magnitud de la tierra, y ni siquiera le pasaba por la imaginacíon la idea de que entre Europa y la ignota costa de Asia se extendiera el vastísimo continente de América. El rey de Portugal escuchó con interés sus planes y simpatizó con ellos. Marco Polo había dado a conocer el camino que por tierra conduce a la India, la China y el Japón, y desde entonces se estableció una importante corriente comercial con los expresados países, siguiendo dicha ruta; pero el incremento adquirido por el poder de los árabes, y la venida de los turcos a Europa, habían interceptado estas vías comerciales, de suerte que, desde entonces, todas las navegaciones a lo largo de las costas occidentales de África, habíanse efectuado con la idea de descubrir un camino hacia los mercados orientales, cruzando este Con-

tinente. Los proyectos de Colón interesaron al monarca portugués, quien los sometió al estudio de dos comisiones de hombres eruditos. Éstos los ridicularizaron, pero un obispo taimado, el de Ceuta, indicó al rey la conveniencia de que «se procurase entretener a Colón», enviando entre tanto una expedición secreta que descubriera la ruta, conforme a los planes del navegante genovés, sin abonar a éste la remuneración que exigía. Y, en efecto, se despachó la expedición, de oculto, con órdenes de llegar a la China, siguiendo el derrotero trazado por Colón, a través del Atlántico, al cual no le asignaba el ilustre marino una longitud superior a 2500 millas. Pero los truhanes expedicionarios viraron, cobardemente, en redondo tan pronto como perdieron de vista las Islas del Cabo Verde, y regresaron a su patria, manifestando a su poco escrupuloso señor que las aguas no eran navegables ni el aire de aquellas regiones se podía respirar.

Colón se puso furioso al tener conocimiento de tan grandes felonías, y muerta ya su esposa, sacudióse el polvo portugués de sus sandalias, y trasladóse a España, donde a la sazón reinaban Fernando e Isabel. Colón, como Juana de Arco, creíase guiado en sus actos por la voz del mismo Dios, y pensó, sin duda alguna, que la inspiración divina era la que encaminaba sus pasos hacia España. Emprendió el camino a pie, en compañía de un hijo suyo, de corta edad, cual otro Marco Polo. Carecía de dinero, iba andrajosamente ataviado y estaba ya casi desfallecido de hambre, cuando se detuvo una noche con su hijo a la puerta de un monasterio, llamado de Santa María de la Rábida. He aquí el retrato del viajero, en aquella época: «Un hombre que apenas había alcanzado la madurez de la edad, de elevada estatura, robusta complexión, aspecto majestuoso, frente noble, semblante abierto y franco, mirada de expresión pensativa y labios graciosos y dulces. Sus cabellos, que fueran de color rubio tirando a castaño, en su primera juventud, hallábanse prematuramente veteados, en los alrededores de las sienes, por



Colón discute con los que no querían creer en la posibilidad de llegar a las Indias orientales, navegando hacia occidente.

esos tonos grises, cuya aparición suele ser indicio del trabajo mental y el infortunio. Era su frente altiva; el continuo pensar y las muchas privaciones habían hecho palidecer su rostro, naturalmente rosado y quemado por el sol y la brisa del mar. Los acentos de su voz eran varoniles, penetrantes y ricos, propios de una persona acostumbrada a expresar profundas ideas. Sus gestos no revelaban la menor irreflexión o ligereza; todo era armonioso y grave, hasta en sus más insignificantes movimientos. Parecía respetarse a sí mismo modestamente, u obrar siempre como si estuviera en la presencia de Dios». El noble aspecto del abatido y maltrecho caminante conmovió a los monjes, y, mientras el padre y el hijo reponían sus agotadas fuerzas con una frugal comida, consistente en pan, agua y aceitunas, llamaron al prior para darle conocimiento de la llegada de los dos extraños viajeros.

Por una rara y providencial coincidencia, el bondadoso prior era tal vez uno de los hombres más a propósito para ayudar a Colón en su empresa; porque, en primer lugar, había vivido algunos años en aquel monasterio, próximo al puerto de Palos, del cual había de salir Colón al frente de su expedición inmortal, y se hallaba familiarizado, sobremanera, con los marinos y las ciencias náuticas, poseyendo en su consecuencia la preparación necesaria para entender los vastos planes de su visitante. Pero, en segundo lugar, concurría la circunstancia de que este digno prior había sido con anterioridad confesor de la reina Isabel, y en los años subsiguientes le escribió en favor de Colón, hablándole de sus nobles ambiciones y recomendándolo a su buena voluntad y protección.

No nos detendremos a explicar los largos años de vejaciones, y deprimentes demoras que siguieron a la aparición de Colón en la corte de España. Todos sabemos que en unas ocasiones fué favorablemente acogido, y en otras rechazado; que en ciertas épocas vióse rodeado de honores, como un personaje oficial, y liberalmente mantenido, pero de cuando en cuando, cada vez que instaba para ver realizados sus proyectos, procuraban alejarle con variados pretextos. A menudo no acertamos a comprender las razones que le daban para rehusarle un buque modesto, que era cuanto él pedía. Todos sabemos cuán tentadoras eran sus promesas. Tenía la seguridad de llegar a la India, la China y el Japón, descubiertas por Marco Polo, y de obtener las riquezas suficientes para equipar un ejército destinado a libertar para siempre los Santos Lugares del poder de los infieles. Abriría todo el mundo oriental a la influencia del cristianismo, y, al mismo tiempo, iniciaría un comercio tan espléndido, como el mundo jamás pudo soñarlo. Y todo esto, con sólo navegar una extensión no muy larga de camino alrededor del mundo.

¿Por qué, pues, habiéndole escuchado el rey y la reina de España, llegando hasta señalarle pensiones y concederle ciertos honores, no accedieron a sus deseos? Indudablemente, el dinero no andaba muy abundante. La gran guerra contra los sarracenos había agotado las arcas del tesoro nacional. Si hubiera sido posible llevar al ánimo de los sabios y poderosos de entonces, el convencimiento de que los proyectos de Colón no eran disparatados, de sobra habría hallado la empresa quien la patrocinara; pero como los hombres más doctos de aquel período, a quienes el rey y la reina consultaron el plan, se pronunciaron contra él, ésta fué la verdadera causa de que los soberanos de España retrocedieran ante el mezquino gasto que representaba el equipo de algunas carabelas.

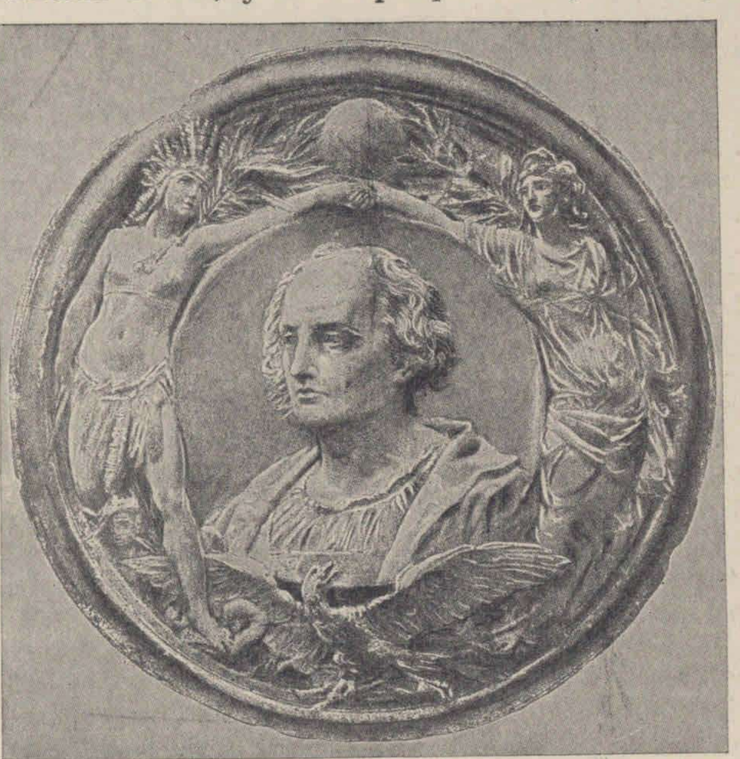
Diversas fueron las objeciones que se propusieron contra los razonamientos de Colón. Unos invocaron la supuesta imposibilidad de que existieran antípodas, por considerar este hecho incompatible con la unidad de la especie humana; otros alegaron pasajes de la Escritura mal interpretados; y no faltaron quienes adujeran las dificultades insuperables que había de ofrecer la empresa. Al decir de éstos últimos, aun

COLÓN IMPLORA EL AUXILIO DE LA CORTE DE ESPAÑA, PARA EMPRENDER SU VIAJE INMORTAL



Colón solicitó en vano el auxilio del rey Fernando; pero la reina Isabel resolvió empeñar sus joyas, a fin de arbitrar dinero para la expedición, que dió por resultado

admitiendo que pudiera ser atravesada la zona tórrida, con su asfixiante calor, la circunferencia de la tierra debía ser tan grande, que se tardaría en recorrerla tres años por lo menos; y los que acometieran tan descabellada empresa perecerían de hambre y sed, dada la imposibilidad material de llevar provisiones consigo para un período tan largo. Añadían a esto que aunque fuese redonda la tierra, únicamente sería habitable su hemisferio Norte, y sólo en esta parte podría hallarse cubierta por el manto protector de los cielos. El otro hemisferio sería un mero desierto de agua, un abismo sin fondo, un verdadero caos. Aun suponiendo que por este camino lograse un buque llegar a la otra extremidad de la India, jamás podría regresar; porque la redondez del globo presentaría ante él una especie de montaña que no podría subir, ni aun ayudado por los vientos más favorables.



Cristóbal Colón, que abrió al mundo las puertas del continente americano.

Estas opiniones fueron expresadas no por personas inconscientes, ni por gentes sin instrucción, sino por los sabios más distinguidos de aquel tiempo; y ellas nos dicen con insuperable elocuencia la idea que los hombres de la época tenían formada del mundo en que vivían. ¿Es, pues, de extrañar que Colón fuese mirado en la corte como un hombre medio loco, casi como un impostor, cuando las personas más ilustradas se expresaban de este modo respecto de sus planes y proyectos? Su nombre convirtióse en motivo de chacota; hasta los niños se burlaban de él en la calle, cuando le veían pasar. En su desesperación, brindó Colón sus proyectos a Génova, su país natal; y envió a Inglaterra a su hermano Bartolomé, para solicitar el apoyo y protección de Enrique VII. Dos veces partió para Francia, y se hallaba en el segundo de estos viajes, cuando le hizo retroceder un mensaje de la reina de España. Y a fe que ya era tiempo, porque el rey de Inglaterra le había mandado llamar, y quién sabe si hubiera emprendido su viaje inmortal bajo del pabellón inglés. Pero la reina se había convencido, por fin, de la grandeza, sinceridad y sabiduría de aquel navegante humilde, dotado de penetrante mirada e imperturbable fe. Granada había sido, por fin, ganada a los sarracenos, y España se encontraba ya en libertad de buscar un nuevo mundo al otro lado de los mares; mas, para arbitrar recursos con que equipar la expedición, tuvo que prometer la reina que empeñaría sus joyas.

Por fin logróse habilitar tres buques pequeños, tan pequeños que sólo uno de ellos, la nao Santa María, en la cual iba Colón como almirante, hallábase dotada de cubierta, siendo los otros dos embarcaciones de remo, con velas, a los cuales se elevaron los costados para construir camarotes en que pudieran sus tripulaciones alojarse. No puede extrañarnos, pues, que nadie quisiese embarcarse en ellos. Ni el afecto ni el

dinero lograron atraer a ningún marino para efectuar aquel arriesgado viaje; y así fué necesario sacar de las prisiones el número necesario de criminales para tripular aquellas mezquinas carabelas, que habían de convertir a España en la nación más rica y poderosa del mundo.

Ochenta y ocho personas tripulaban en total las tres pequeñas embarcaciones, que salieron del puerto de Palos, cercano al monasterio de Santa María de la Rábida, donde fuera acogido favorablemente Colón al pisar el suelo español en la madrugada del día 3 de Agosto de 1492. Contaba entonces Colón cuarenta y un años de edad, aunque sus encanecidos cabellos le hacían parecer más viejo. Hasta Canarias navegaron sin ninguna novedad; pero la vista de una erupción del volcán de Teide, en Tenerife, suscitó los temores de la tripulación, porque no había un solo hombre a borde que no atribuyera a intervención demoniaca los fenómenos naturales, que en su ignorancia era incapaz de explicarse. Perdióse de vista, por fin, la última isla del archipiélago canario, y aquellos rudos hombres lanzáronse hacia lo desconocido, hendiendo con las quillas de sus frágiles naves silenciosas y augustas soledades, jamás surcadas por otra embarcación.



Este dibujo, hecho en la época del descubrimiento de América, representa la primera expedición al Nuevo Mundo.

Entonces comenzaron a dolerse de su suerte las tripulaciones, arrastradas a aquella aventura contra su voluntad. Tras de sí habían dejado en España cuanto amaban; estaban convencidas de que navegaban derechas a su destrucción; pero no a perecer ahogadas, peligro vulgar que amenaza a todos los navegantes, sino a una muerte terrible, que las fuerzas sobrenaturales concitarían sobre ellas por atreverse a desafiar la cólera del Cielo.

Los marineros prorrumpieron en amargas lamentaciones y empezaron a sollozar como niños. Colón hizo cuanto pudo para fortalecerlos, dándoles seguridades de que el éxito más lisonjero coronaría sus esfuerzos, y prometiéndoles una rica y gloriosa recompensa. Pero, para mayor seguridad y garantía, llevaba dos cuadernos de bitácora: uno con la distancia verdadera navegada cada día, que sólo conocía él mismo, a fin de que las tripulaciones no se alarmasen; y la otra el cálculo que dejaba ver a sus hombres, en el que aparecían navegadas muchas millas menos. Pero en su corazón jamás se albergó la duda. Ordenó a los otros dos barcos que, si se separaban por un motivo cualquiera, navegasen 2100 millas hacia el Oeste, y después de recorrer esta distancia, permaneciesen en lo sucesivo parados desde las doce de la noche hasta que amaneciese el día, porque a esa distancia, decía, debe ya descubrirse la tierra. No tardaron las brújulas de a bordo en dar muestra de anormalidades extrañas, dejando de señalar invariablemente hacia el Norte, lo cual llenó de terror a los marineros. Si ésta, que era su única guía, mostrábase perpleja y les fallaba en aquellas aguas extrañas, ¿adónde volverían la vista en demanda de socorro?

Colón les dijo que la variación que observaban era debida a que la estrella

Polar completa una revolución cada día alrededor del Polo Norte. Logró aplacarlos con esto por espacio de algún tiempo, pero sus temores crecieron nuevamente al observar que pasaban días y días sin que se descubriera ninguna tierra. La vista de aves extrañas y los contornos de las nubes que, a lo lejos, en el horizonte, tomaban a veces se escapa ningún buque de vela. Pensaron los marineros que aquél debía ser el principio del inmenso pantano en que se suponía que terminaba el mundo y comenzaba la morada de los demonios. Colón logró poner en franquicia sus buques, antes de que se engolfasen en aquel mar; pero tropezaron luego con otra causa para preocuparse. Les era



Discutiendo el camino de las Indias por occidente—Colón estudiando sus proyectos en un monasterio.

por perfiles de costas, hacíanles concebir esperanzas que, al resultar fallidas, aumentaban la magnitud de la decepción que sufrían, culminando sus aprensiones el día en que penetró el buque en una extensa masa de algas flotantes. Inmediatamente bautizó Colón este lugar con el nombre de Mar de los Sargazos, el cual constituye una de las maravillas, al par que uno de los mayores terrores, del Océano Atlántico, y consiste en una masa de algas flotantes, de una extensión tan grande como casi toda Europa, y de cuyo fatal abrazo no favorable la brisa en tales términos, que los marineros, que ignoraban en absoluto el régimen de los vientos en el Atlántico, decían: «Si la brisa sopla siempre en esta dirección, ¿cómo ha de ser posible que regresemos a España jamás?»

Enloquecidos finalmente de terror, los marineros pasaron de las murmuraciones aisladas al motín abierto y franco. Decían que eran conducidos por un loco, que sólo pensaba en adquirir notoriedad, estando dispuesto a comprarla al precio de la vida de todos ellos,

y propusieron arrojarle al agua y decir, a su regreso, que se había caído al mar. Nadie, pensaban, se interesaría por la vida de un navegante visionario, cuyos planes no habían sido favorecidos por el éxito.

Pero Colón no ignoraba la manera de convencer a unos y hacerse respetar de otros. Apeló a los mejores sentimientos de los menos depravados; renovó sus promesas a los más ambiciosos y amenazó con castigos terribles a los más cobardes. Y, de esta suerte, fueron transcurriendo despacio aquellos tristes días, hasta que vió, por su particular y secreta derrota, que ya habían recorrido, no sólo las 2.100 millas después de las cuales debían detenerse los buques, sino 2724. Según sus cálculos, debían encontrarse entonces a la altura de las costas del Japón. A su entender, habíase remontado demasiado hacia el Norte, por lo cual decidió arrumbar más al Sur. De haber recorrido 720 millas más, siguiendo el rumbo que llevaba, habría tropezado con la costa de la Florida, en el mismo continente americano; pero la alteración hecha en el rumbo hízole poner la proa a las islas Bahamas, la más cercana de las cuales distaba ya solamente 505 millas. El peligro que su vida corría aumentaba a cada momento, y no había forma de seguir manteniendo a raya por más tiempo a los sediciosos, cuando el 11 de Octubre descubrióse un trozo de madera flotando sobre la superficie del agua, el cual ostentaba inequívocas señales de haber sido labrado; vieron también una rama de espino, cubierta de bayas, y otra rama desgajada de un árbol, la cual conservaba aún unido a ella un nido de aves lleno de huevos, con la hembra echada sobre ellos.



¡Camino de América! Colón sale de Palos para tomar el mando de los tres buques, con los cuales había de descubrir el Nuevo Mundo.

Hasta estas mismas cosas mirábanlas sus gentes como engañosas seducciones de la magia; pero aquella misma noche, después de ocultarse el sol, paseándose Colón por la cubierta de su buque, descubrió en el horizonte una luz. Llamó entonces a uno de sus camaradas que más confianza le inspiraba y preguntóle, en voz baja, si veía algo. Después dirigió a otro idéntica pregunta, y ambos afirmaron que distinguían una luz: la luz más ansiada y mejor recibida que jamás descubrieron ojos humanos. Parecía moverse y desaparecer de tiempo en

tiempo; así que, o era una antorcha colocada en una canoa, balanceada por el mar, o algún fuego que ardía en el hogar de un indígena, y que se descubría y ocultaba alternativamente según se elevaban o deprimían las olas.

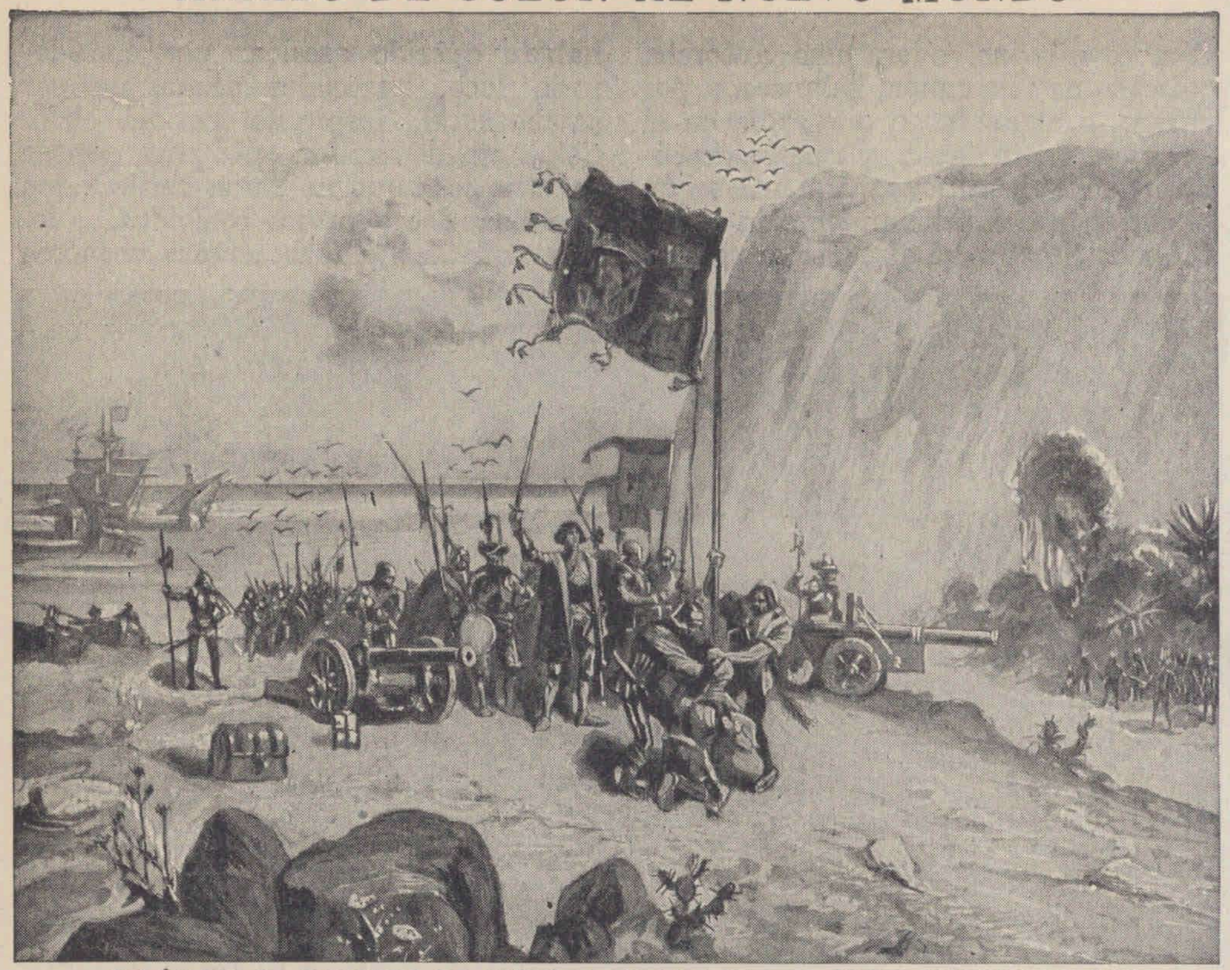
Con la llegada del día, disipáronse las



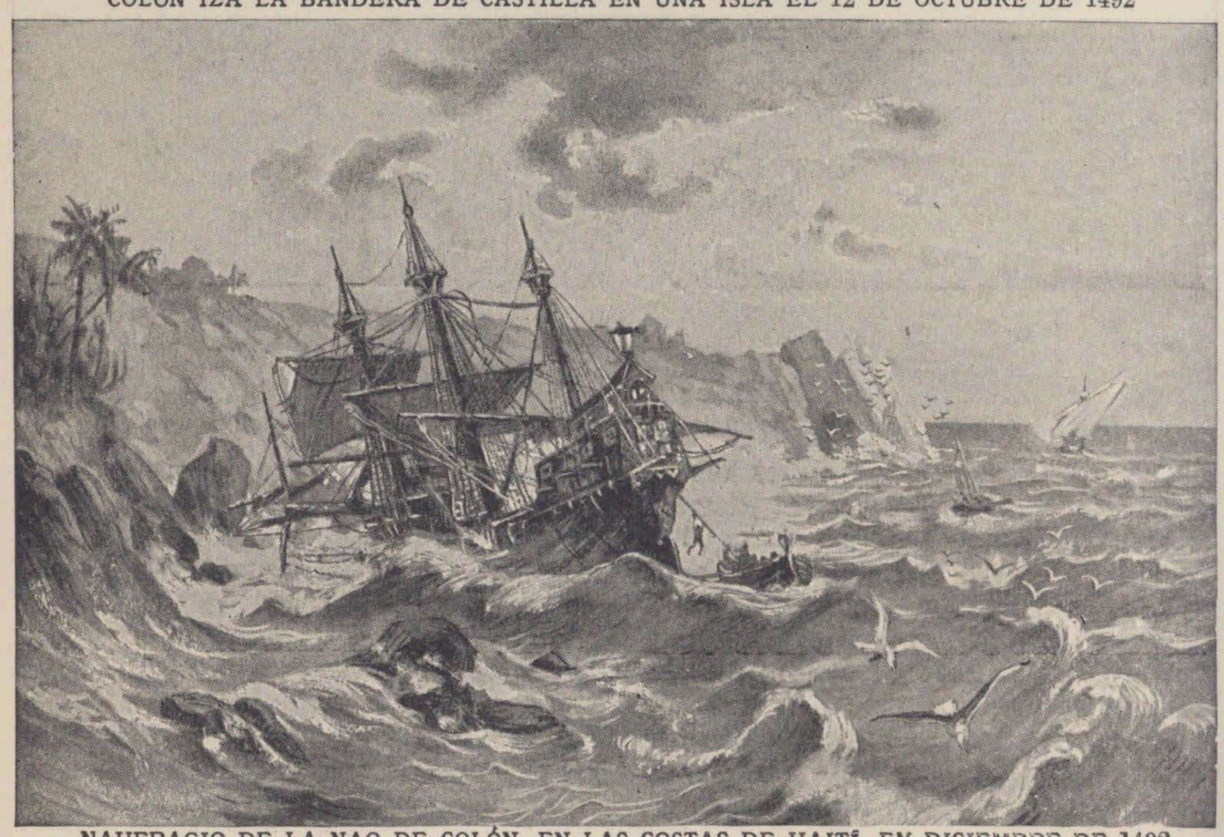
Regreso de Colón—recepción triunfal de que se le hizo objeto a la vuelta de su primer viaje.

dudas. A bordo de las naves resonó clamoroso el grito de « ¡Tierra! ¡tierra! » ¡El Nuevo Mundo acababa de ser descubierto! A unas seis millas surgía de las aguas del mar una bella isla, exuberante de vegetación y verdura, resplandeciente con la luz que el sol reflejaba en sus múltiples arroyuelos. Las tripulaciones de las tres naves entonaron un himno de acción de gracias a Dios. El hombre a quien, en horas recientes, habían querido asesinar por considerarlo loco, parecíales ahora un ser sobrenatural, inspirado por el cielo. Colón era demasiado feliz para pensar en otra cosa que no fuese perdonarlos y olvidar los agravios recibidos. Dispuso que las embarcaciones menores fuesen echadas al agua, y tripuladas y armadas; vistióse su armadura, sobre la que se colocó un rico manto, y, acompañado de varios oficiales, portadores del pabellón real de España, en cuyo centro resplandecía la cruz del Salvador, encaminóse a la playa. Una vez en tierra, los tripulantes de la nao Santa María postráronse de hinojos a los pies de Cristóbal Colón e imploraron su perdón con humildad.

ARRIBO DE COLÓN AL NUEVO MUNDO



COLÓN IZA LA BANDERA DE CASTILLA EN UNA ISLA EL 12 DE OCTUBRE DE 1492



NAUFRAGIO DE LA NAO DE COLÓN, EN LAS COSTAS DE HAITÍ, EN DICIEMBRE DE 1492

Fué en la mañana del 12 de Octubre de 1492 cuando Colón sentó por vez primera sus plantas en el Nuevo Mundo. Al llegar a la playa, arrodillóse, besó la tierra y lloró de alegría, mientras elevaba una oración de acción de gracias al Todopoderoso. Sus compañeros pusieron en alto un crucifijo y entonaron el *Te Deum*; y entonces Cristóbal Colón tomó formalmente posesión de la isla en nombre de España, bautizándola con el nombre de San Salvador. Esta isla debe ser probablemente la que hoy es conocida con el nombre de Watling. Según sus cálculos, aquélla debía ser una isla próxima a la costa del Japón, pues pensaba haber llegado a Oriente navegando hacia Occidente. Creía hallarse en el extremo de Asia, opuesto al lugar de la unión de este continente con el europeo; pero en realidad, lo que había descubierto eran las Islas Bahamas.

¿Dónde estaban, empero, la opulencia y el esplendor de los pueblos orientales? ¿dónde el oro y las piedras preciosas? ¿dónde los ricamente ataviados habitantes del Japón? En vez de todo esto no halló más que salvajes desnudos, de piel cobriza, pintarrajeada con mil extraños dibujos. Juzgando por su color, creyó que debían pertenecer a la raza que puebla la India, pues tanto ésta como China debían encontrarse, a su juicio, por aquellas regiones. Por eso llamó indios a los naturales; y a todo el grupo de islas descubiertas en los primeros viajes diósele el nombre de Indias Occidentales, para distinguirlas de las Indias Orientales, de las cuales las separa en realidad la distancia de medio mundo.

Los naturales tuvieron al principio gran miedo a los recién llegados, a quienes tomaron por dioses, y a sus buques por mágicas creaciones, surgidas del fondo del mar para aniquilarlos. A Colón sorprendióle también todo lo que vieron sus ojos. Había esperado encontrar las ciudades populosas y magníficas, las incalculables riquezas descritas por Marco Polo, acumuladas en esta isla de la India o del Japón. Observó que algunos indígenas llevaban ornamentos de oro. Preguntóles, por señas, en dónde lo obtenían, y ellos le señalaron hacia el Sur, confirmándole de esta suerte en su creencia de que el país que él buscaba encontrábase en esta dirección y a corta distancia ya. Tras una breve permanencia, dióse de nuevo a la vela con ánimo de encontrar el verdadero país del oro; pero lo primero que descubrió fueron las islas que hoy día conocemos con los nombres de Cuba y Haití. Para él Cuba era sin duda parte del continente asiático: China, es decir, el célebre Catay de Marco Polo.

En Haití naufragó uno de sus buques, y construyó con sus maderas un fuerte para refugio de los que quisieron quedarse, que fueron los primeros colonizadores del Nuevo Mundo. Después regresó a España, llegando al puerto de Palos el 15 de Marzo de 1493, habiendo descubierto, realmente, un nuevo hemisferio, mas no los países que él creía. Trajo consigo cierto número de indígenas, oro, pájaros extraños, plantas curiosas, entre ellas, algodón, armas de los naturales y otra multitud de cosas. Fué recibido en la corte como un gran conquistador, permitiéndosele sentarse delante de los reyes—honor señaladísimo—mientras hacía un minucioso relato de su gloriosa aventura. Colmósele de los mayores honores; y no tardó en partir de nuevo, mandando una segunda y más numerosa expedición.

Descubrió en este viaje las islas que llamanos hoy día la Dominica, Santa Cruz, Puerto Rico y otras varias, pero halló dispersa y aniquilada la colonia que dejara en Haití. Fundó entonces una nueva colonia, descubrió minas de oro, pasó de una isla a otra, buscando todavía la opulenta tierra tan deseada, hasta que la ansiedad y la fiebre pusiéronle en trance de muerte.

Entre tanto, rivales envidiosos que le habían acompañado en aquella expedición, habíanle tendido viles e innobles celadas. Los españoles tomaron posesión del país, no como colonizadores, sino como conquistadores, y no tardaron en surgir graves desavenencias y con-

flictos con los naturales. Durante su ausencia, habían sido enviados a España maliciosos informes por mediación de los buques que ya entonces empezaron a hacer la travesía entre dicho país y las Indias Occidentales. Cuando regresó nuevamente a la península, fué recibido con amabilidad, pero su cargo de virrey de los nuevos territorios sólo subsistía de nombre. Los yerros de los colonizadores fueron todos achacados a Colón, causando al rey profunda contrariedad el hecho de tener que aprontar dinero para las expediciones, en vez de recibir sin demora tributos importantes.

Colón realizó su tercer viaje en 1498, y descubrió una nueva isla, a la que llamó Trinidad, llegando después al verdadero continente sudamericano. Pero cuando logró por fin descubrir la ansiada tierra firme, tomóla par otra isla, y, al explorar las bocas del Orinoco, creyó que los promontorios que a su vista se presentaban eran también nuevas islas. Sin embargo, al fin logró convencerse de que había descubierto un continente.

Después de esto, empezaron a emigrar a los nuevos territorios aventureros españoles, que no se avinieron a soportar el mando ni las genialidades del Almirante, provocando rebeliones contra su autoridad. En hecho de verdad, Colón no supo desempeñar el gobierno que los reyes le habían confiado, y cometió la poco encomiable acción de proponer a Fernando e Isabel la empresa de negociar vendiendo a los indios como esclavos, lo cual fué causa de que, indignada la reina, mandara destituirle inmediatamente, comisionando para ello al comendador Bobadilla. Colón fué enviado a bordo de un buque, para ser conducido a España, cargado de cadenas. El capitán del barco quiso quitarle los grillos, pero Colón negóse a ello con altivez, diciendo que no le serían quitados hasta tanto que no lo dispusiese el mismo rey de España. Sin duda, el comendador Bobadilla debió de extralimitarse al cumplir las instrucciones que había recibido, porque cuando llegaron a España las noticias del ultraje, conmovióse la nación y se dieron a Colón todo género de satisfacciones, procurándose reparar por todos los medios posibles tan inmerecido agravio; pero jamás olvidó el ilustre navegante este terrible capítulo de su vida, y conservó siempre a su lado sus cadenas, para recordar, como él decía, la recompensa que merecen los servicios públicos.

Hizo aún un cuarto viaje, prosiguiendo sus exploraciones en tierra firme, y creyó, al fin, que había descubierto la China, aunque sin poder dar con sus opulentas ciudades. Colón estaba convencido de que había llegado al Imperio Oriental, y hasta mucho después de haber pasado él a mejor vida, no se supo que los territorios descubiertos constituían un nuevo y riquísimo continente, el cual, para colmo, ni siquiera lleva el nombre del insigne marino.

Después de la muerte de la reina, gozó Colón de la protección que le dispensó Fernando, hasta que, abrumado de trabajos, falleció en Valladolid, el 20 de Mayo de 1508. Acostado en su lecho de muerte pidió papel y pluma, y en las postreras horas de su valerosa vida redactó su testamento, disponiendo en él la manera cómo habían de transmitirse sus títulos en su familia, y legó mares, islas y países como si le perteneciesen.

« Ruego a mis soberanos y a sus sucesores—escribió,—que en la distribución de mis bienes, mis derechos y mis cargos, se ajusten siempre a los deseos de quien, nacido en Génova, vino a servirles a España y descubrió el Occidente, la tierra firme, las islas y las Indias ».

De esta manera llegó a su fin una de las carreras más gloriosas que registra la historia de la humanidad. Es falso que dejara a su familia sin recursos materiales, mientras por otra parte murió con la satisfacción de haber ganado un mundo y muchos millones de almas para la Cristiandad.